Robert E. Howard

El estanque del negro

ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

EL ESTANQUE DEL NEGRO

Robert E. Howard

Conan atraviesa las praderas del sur de los reinos negros. Allí le conocen desde hace mucho tiempo, y por eso Amra el León no encuentra dificultades para dirigirse a la costa que asoló junto con Belit en el pasado. Pero ahora Belit es sólo un recuerdo en la Costa Negra.

El barco que se aleja de tierra, en el que viaja Conan, afilando su espada, está tripulado por piratas de las islas Barachas, que se encuentran cerca de la costa de Zingara. Ellos también han oído hablar de Conan y le dan la bienvenida porque aprecian su experiencia y su destreza con la espada.

El cimmerio tiene unos treinta y cinco años de edad cuando se une a los piratas barachanos, a quienes acompaña durante bastante tiempo. Sin embargo, a Conan, acostumbrado a los ejércitos perfectamente ordenados de los reyes hiborios, la organización de los grupos barachanos le resulta tan endeble que ve muy pocas posibilidades de alcanzar la jefatura y sus beneficios.

En Tortage logra escapar de una situación realmente difícil,.consecuencia de una contienda entre piratas, y entiende que para salvar el pellejo lo mejor es cruzar a nado el Océano Occidental, lo que lleva a cabo con absoluta confianza y perfecto aplomo.

Desde la creación del mundo

los barcos navegaron hacia el occidente

desconocido para el hombre.

Leed, si os atrevéis, lo que escribió Skelos

tocando su levita de seda con manos inertes,

y seguid a los barcos a través de la tormenta...

Seguid a los barcos que no regresarán jamás.

Capítulo I

Sancha, nativa de Kordava, bostezó delicadamente, estiró perezosamente sus gráciles miembros y luego se acomodó mejor en el lecho de piel de armiño y seda montado en la cubierta de popa. Sabía perfectamente que la tripulación la miraba con avidez y también sabía que la cortísima túnica que llevaba, típica de su país, dejaba al descubierto gran parte de su cuerpo Sin embargo, sonrió con insolencia y se dispuso a dormitar un rato antes de que el sol, que ya estaba asomando sobre el océano, le hiriera los ojos.

Pero en ese momento llegó a sus oídos un ruido muy diferente del que producía el crujido de los maderos y cordajes, o las embestidas de las olas contra la embarcación. Se incorporó y clavó su mirada en la borda, por la que en ese momento trepaba un hombre chorreando agua. Sus negros ojos se abrieron con asombro y tuvo que hacer un esfuerzo para ahogar una exclamación de sorpresa.

El intruso era un perfecto desconocido para ella. El agua le chorreaba desde los hombros a lo largo de sus musculosos brazos. Su simple vestimenta, unos pantalones de seda roja, estaba empapada, al igual que el ancho cinturón con hebilla de oro y la vaina con la espada que colgaban de éste. Cuando se puso en pie sobre la borda, el sol naciente dibujó su silueta; parecía una estatua de bronce. Se pasó la mano por los cabellos empapados y sus ojos azules se iluminaron cuando vio a la muchacha.

– ¿Quién eres? – preguntó ella –. ¿De dónde vienes?

El hombre señaló hacia el vasto océano, sin apartar los ojos de ella.

– ¿Acaso eres un dios que surge de las olas? – preguntó nuevamente la joven, confundida por la franqueza de su mirada, a pesar de que estaba acostumbrada a que la admiraran.

Antes que el hombre pudiera responder, sonaron unos pasos

rápidos sobre la cubierta y se detuvieron junto a él. El capitán de la nave miró al extraño, al tiempo que apoyaba la mano en la empuñadura de su espada.

– ¿Quién diablos eres? – preguntó con voz de pocos amigos.

– Soy Conan – repuso el recién llegado con serenidad. Sancha prestó más atención. Jamás había oído hablar el zingario con ese acento.

– ¿Y cómo has llegado a bordo de mi barco? – preguntó nuevamente con desconfianza.

– Nadando.

– ¡Nadando! – exclamó el capitán indignado –. ¡Perro! ¿Te estás burlando de mí? Estamos muy lejos de tierra, ni siquiera se divisa la costa. ¿De dónde vienes?

Conan señaló con una mano hacia el este.

– Vengo de las islas.

– ¡Oh!

El capitán le miró con interés. Frunció el ceño y adelantó la mandíbula con gesto poco complaciente.

– Así que tú eres uno de esos perros barachanos.

Los labios de Conan esbozaron una leve sonrisa.

– ¿Sabes quién soy? – preguntó el capitán.

– Este barco es el Holgazán. De modo que tú debes de ser Zaporavo.

– ¡Sí!

El patrón del barco se sintió halagado en su vanidad al ver que el hombre sabía quién era. Se trataba de un hombre tan alto como Conan, aunque mucho más delgado y menos corpulento. Bajo el morrión de acero, su rostro oscuro de rasgos aguileños tenía aspecto saturnino, por lo que le llamaban el Halcón. Su lujosa vestimenta estaba a tono con la moda y con los hábitos zingarios. Su mano nunca se apartaba demasiado de la empuñadura de la espada.

El capitán observaba a Conan con gesto de pocos amigos, pues los renegados zingarios y los proscritos que infestaban las costas del sur de Zingara, cerca de las islas Barachas, no se estimaban demasiado. La mayoría de los proscritos eran marineros de Argos mezclados con hombres de otras nacionalidades. Atacaban los barcos y asolaban la costa zingaria y sus ciudades, al igual que lo hacían los piratas zingarios, pero éstos despreciaban a los bucaneros barachanos y dignificaban su profesión llamándose a sí mismos filibusteros, palabra mucho más honorable, y calificando a los barachanos de piratas. No eran los primeros ni los últimos que darían prestigio a la palabra ladrones.

Estos pensamientos pasaron por la mente de Zaporavo mientras su mano jugueteaba con la empuñadura de la espada y observaba con el ceño fruncido a su entrometido huésped. En ese momento Conan no exteriorizó en absoluto sus pensamientos. Permaneció en pie, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, tan tranquilo como si se hallara en su propio barco. Sonreía, y en sus ojos se reflejaba una extraña expresión de calma.

– ¿Qué haces aquí? – preguntó Zaporavo súbitamente.

– Consideré necesario abandonar mi cargo en Tortage ayer por la noche, antes de que saliera la Luna – repuso Conan –. Partí en una lancha vieja y remé hasta el amanecer. Entonces vi las velas superiores de tu barco y dejé que se hundiera la miserable embarcación en la que viajaba, porque nadando iba a avanzar más rápidamente.

– Hay tiburones en estas aguas – dijo Zaporavo.

El hombre se sintió vagamente irritado cuando Conan, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Dirigió una mirada a la cubierta inferior y vio un conjunto de rostros ansiosos que miraban hacia arriba. Una sola palabra haría subir a todos aquellos hombres, que con sus espadas sofocarían en el acto cualquier acometida de un buen luchador como parecía ser el recién llegado.

– ¿Por qué he de cargar con todo vagabundo vomitado por el mar? – bramó Zaporavo, con una mirada y un tono más insultantes que sus palabras.

– Un capitán siempre puede dar empleo a un buen marinero – repuso Conan sin resentimiento.

Zaporavo frunció el ceño y guardó silencio. Sabía que eso era verdad. Tuvo un momento de duda que más tarde le costaría el barco, el mando, la muchacha y la vida. Pero no podía adivinar el futuro, y para él Conan no era más que otro bribón vomitado, como había dicho, por el mar. No le gustaba nada ese hombre, pese a que no le había provocado en absoluto. Sus modales no eran insolentes, pero a Zaporavo le molestaba su manifiesta seguridad en sí mismo.

– Trabajarás para mantenerte – dijo finalmente el Halcón –. ¡Y fuera de esta cubierta! Recuerda que aquí mi voluntad es ley.

Conan esbozó una amplia sonrisa. Sin pausa, pero sin prisa, se dio media vuelta y descendió a la cubierta inferior No se volvió para mirar a Sancha, que durante la breve conversación le miró con avidez.

Cuando llegó a la cubierta inferior, le rodeó la tripulación... Eran todos zingarios, medio desnudos, con sus escasas ropas de seda sucias de alquitrán, y brillantes joyas en las orejas y en las empuñaduras de sus dagas. Todos los hombres estaban ansiosos por la diversión que prometía el tradicional «bautizo» del forastero. Allí le pondrían a prueba y se decidiría su futura posición entre la tripulación.

En la cubierta superior, Zaporavo parecía haber olvidado por completo la existencia de Conan, pero Sancha vigilaba con sumo interés. Estaba acostumbrada a presenciar tales escenas, y sabía que el célebre «bautizo» podía ser brutal y probablemente sangriento.

Pero su familiaridad con tales situaciones era mucho menor que la de Conan. Éste esbozó una suave sonrisa cuando llegó a la cubierta inferior y vio las figuras que le rodeaban amenazadoramente Se detuvo y examinó a los hombres sin alterar su postura en lo más mínimo. En esas situaciones regía un código determinado. Si Conan hubiera atacado al capitán, toda la tripulación se habría abalanzado sobre él, pero le darían carta blanca contra el que habían seleccionado para iniciar la lucha.

El hombre elegido para esa tarea avanzó dos pasos. Se trataba de un individuo corpulento y peludo, que llevaba una faja de color carmesí enrollada en la cabeza a modo de turbante. Había adelantado la mandíbula inferior en un gesto de desafío. Tenía el rostro lleno de cicatrices y parecía la encarnación del mal. Cada uno de sus movimientos y miradas fue en esos momentos una verdadera afrenta. Su manera de iniciar el «bautizo» fue primitiva y cruel como él mismo.

– Barachano, ¿eh? – dijo en tono de burla –. Allí es donde se crían perros en lugar de hombres. Nosotros, los Camaradas, escupimos sobre ellos... ¡así!

El rufián escupió en el rostro de Conan y luego se llevó una mano a la espada.

El movimiento de Conan fue demasiado rápido como para que lo pudiera captar la mirada humana. Su enorme puño chocó con terrible fuerza contra la mandíbula de su contrincante, y el zingario salió catapultado por los aires hasta caer hecho un guiñapo junto a la borda.

Conan se volvió hacia los demás. Excepto un suave brillo que se reflejaba en sus ojos, su compostura y serenidad eran las mismas de antes.

Pero el «bautizo» había terminado con la misma rapidez con la que había comenzado. Los marineros levantaron a su compañero. Su fracturada mandíbula colgaba fláccida y su cabeza oscilaba de forma poco natural.

– ¡Por Mitra... tiene el cuello roto! – exclamó un pirata de barba negra.

– Vosotros, los filibusteros, sois gente muy floja – dijo Conan con una sonrisa –. Los barachanos no tomamos en cuenta a tipos como vosotros. ¿Queréis jugar a las espadas conmigo? ¿No? Entonces todo está bien y somos amigos, ¿verdad?

La mayoría de los hombres asintieron. Unos brazos bronceados arrojaron por la borda el cadáver del hombre, y cuando el cuerpo desapareció bajo las aguas se vieron varias aletas negras y brillantes, acercándose rápidamente. Conan se echó a reír y extendió sus brazos como un tigre perezoso. Luego echó una mirada a la cubierta superior. Sancha, apoyada en la barandilla, tenía la boca abierta de asombro. En sus ojos había un brillo especial. El sol que la iluminaba por la espalda delineaba su esbelto cuerpo, que se transparentaba a través de la ligera túnica que llevaba. En ese momento apareció detrás de ella la sombra de Zaporavo y su pesada mano se apoyó en el hombro de la muchacha con ademán posesivo. Le dirigió una mirada amenazadora al gigante, a la que Conan respondió con una sonrisa.

Zaporavo cometió un error habitual entre los autócratas. Solitario en la sombría grandeza de la cubierta superior, subestimó al hombre que estaba a sus órdenes. Abstraído en sus propios

pensamientos, había dejado pasar la oportunidad de matar a Conan. No concebía que los perros que se hallaban a sus pies pudieran constituir una amenaza para él. Había ocupado durante tanto tiempo puestos importantes y había pisoteado a tantos enemigos que, inconscientemente, se sentía muy por encima de toda maquinación de rivales inferiores.

Conan no le provocó en absoluto. El pirata se mezclaba con la tripulación y vivía tan alegremente como los demás. Demostró ser un excelente marinero y, por supuesto, el más fuerte de todos. Hacía el trabajo de tres hombres y siempre era el primero en realizar las tareas más pesadas y peligrosas. No discutía con sus compañeros, que a su vez se cuidaban mucho de no hacerlo con él. Cuando jugaba con ellos, apostaba su cinturón y su vaina, les ganaba el dinero y las armas y luego les devolvía todo lo que habían perdido, con una carcajada. La tripulación le consideraba, instintivamente, como el jefe de la segunda cubierta. Conan jamás les contó por qué había abandonado a los piratas barachanos, pero la posibilidad de que se pudiera deber a un hecho sangriento aumentaba el respeto que sentían hacia él.

Había adoptado una actitud imperturbablemente cortés tanto hacia Zaporavo como hacia sus compañeros, y nunca tenía un gesto insolente ni servil.

Hasta el marinero más torpe se sentía impresionado por el contraste entre el taciturno, áspero y pensativo capitán y el pirata que reía estrepitosamente, entonaba canciones en una docena de idiomas, bebía por diez y, aparentemente, no se preocupaba en absoluto del futuro.

Si Zaporavo se hubiera enterado de aquellas comparaciones, probablemente se habría quedado mudo de cólera. Pero el capitán estaba siempre enfrascado en sus propios pensamientos, que se hacían más lúgubres a medida que iban pasando los años, y gozaba con sus vagos sueños de grandeza y con la muchacha, cuya posesión era un placer amargo, al igual que todos sus placeres.

La joven miraba con creciente interés al gigante de negra cabellera, que superaba a sus compañeros tanto en el trabajo como en los juegos Jamás había hablado con ella, pero era evidente la naturalidad que se reflejaba en la mirada del hombre. La muchacha no se equivocaba en ese sentido, y se preguntaba si sería peligroso permitirle que se acercara.

Hacía poco tiempo que había dejado los palacios de Kordava,

pero le parecía que un mundo entero la separaba de la vida que había llevado antes de que Zaporavo la arrancara de la carabela en llamas que sus lobos habían abordado. Ella, que había sido la hija mimada del duque de Kordava, pronto aprendió lo que significaba ser un juguete de placer en manos de un bucanero. Puesto que era una mujer de gran fortaleza, seguía viviendo en una situación en la que otras mujeres habrían muerto y, dado que era joven y estaba llena de vida, había logrado hallar placer en su existencia.

La vida era incierta como un sueño, con agudos contrastes de batallas, pillajes, asesinatos y huidas, y las rojas visiones de Zaporavo la hacían más incierta aún que la de los demás filibusteros. Nadie sabía de antemano lo que el capitán planeaba. En esos días habían dejado atrás todas las costas que figuraban en los mapas y avanzaban hacia lo desconocido, hacia aquellos lugares por los cuales se habían aventurado muchos barcos para perderse definitivamente. Todas las tierras conocidas quedaban atrás, y día tras día seguían teniendo ante sus ojos la inmensa soledad del mar. Allí no había ningún botín, ninguna ciudad que saquear ni barcos que incendiar. Los hombres murmuraban, aunque no permitían que sus murmuraciones llegaran a oídos de su implacable capitán, que se pasaba los días y las noches paseando por el castillo de proa, o inclinado sobre antiguos mapas y cartas de navegación amarillentos por el tiempo, o leyendo pergaminos casi devorados por los gusanos. A veces hablaba con Sancha en forma demencial acerca de continentes perdidos y de islas fabulosas que había en medio de golfos desconocidos, donde los dragones cuidaban los tesoros reunidos por reyes prehumanos hacía mucho, mucho tiempo.

Sancha lo escuchaba sin comprender, abstraída en sus propios pensamientos, que se centraban siempre en el gigante de bronce cuyas carcajadas eran tan estrepitosas y elementales como el viento del mar.

Al cabo de varias semanas divisaron tierra hacia el oeste, y al amanecer arrojaron el ancla en una bahía poco profunda. Vieron una playa que parecía una franja blanca que bordeaba una gran extensión de hierba, donde crecían numerosos árboles. El viento traía consigo el aroma a plantas y a especias.

Sancha aplaudió con gesto infantil ante la perspectiva de pisar tierra. Pero su ansia se convirtió en amargura cuando Zaporavo le ordenó que permaneciera a bordo hasta que él la llamara. Zaporavo nunca daba explicaciones acerca de sus órdenes, pero tenía la sensación de que muchas veces tenía por objeto hacerle daño sin motivo alguno.

Entonces la muchacha se tendió perezosamente en el castillo de proa y contempló cómo los hombres remaban hacia tierra sobre las serenas aguas, que parecían jade líquido bajo el sol de la mañana. Los vio reunirse en la playa, alertas, con las armas preparadas, mientras algunos de ellos se internaban entre los árboles que bordeaban la playa. Notó que entre estos últimos se hallaba Conan

No podía equivocarse, viendo la alta y bronceada silueta que caminaba como una pantera. Los hombres de la tripulación decían que no era un hombre civilizado, sino un cimmerio, un miembro de las tribus salvajes que vivían en las grises montañas del norte y que sembraban el terror entre sus vecinos cada vez que atacaban. Ella sabía que había algo especial en él, que tenía una supervitalidad o una barbarie que lo distinguía de sus rudos compañeros.

Sonaron fuertes voces en la playa y el silencio que reinó a continuación tranquilizó a los bucaneros.

Luego los hombres se dispersaron en busca de frutas. Sancha les vio trepar a los árboles y sintió que el apetito la consumía. Se puso en pie y maldijo con una habilidad adquirida en el trato diario con sus blasfemos compañeros.

Los hombres de la playa habían encontrado frutas y las comían con deleite. Se trataba de una variedad desconocida, de piel brillante y dorada, especialmente sabrosa. Pero Zaporavo se mostraba indiferente ante el hallazgo. Al enterarse de que sus exploradores no habían encontrado nada que indicara la presencia de hombres o animales, permaneció inmóvil mirando hacia el interior de la isla, en dirección a las pendientes cubiertas de hierbas y de árboles. Luego dio una orden, se ajustó el ancho cinturón que sostenía su espada y comenzó a internarse entre los árboles. Su ayudante más cercano le aconsejó que no fuera solo y como recompensa recibió un fuerte golpe en la boca. Zaporavo tenía sus razones para desear ir solo. Quena saber si ésa era la isla que se mencionaba en el misterioso Libro de Skelos, en la que había unos monstruos extraños que cuidaban celosamente criptas llenas de oro. Y si lo que pensaba era verdad, no le interesaba compartir su secreto con nadie, y muchísimo menos con su tripulación.

Sancha, que contemplaba la escena desde el puente, le vio desaparecer entre los árboles. Al cabo de un rato pudo observar que Conan se daba media vuelta, miraba a los hombres dispersos por la playa y luego se encaminaba rápidamente en la misma dirección que Zaporavo. El gigantesco pirata pronto desapareció entre la arboleda.

La maniobra despertó la curiosidad de Sancha. Esperó a que ambos hombres reaparecieran, pero no lo hicieron. Los marineros todavía andaban de un lado a otro, por toda la playa, al parecer sin objetivo alguno. Algunos de ellos se habían internado tierra adentro. Otros se hallaban tendidos durmiendo a la sombra. El tiempo pasó y la joven comenzó a ponerse nerviosa Allí, a bordo, todo estaba en silencio, pero era una paz que pesaba. A pocos metros de distancia había una franja de agua poco profunda, y el fresco misterio de una playa rodeada de árboles la atraía enormemente. Por otro lado, también la tentaba el misterio de aquellas maniobras de Zaporavo y de Conan.

Sancha conocía perfectamente bien el castigo que le aplicaba su implacable amo cada vez que le desobedecía, y por ello se quedó un rato sentada, indecisa. Por último, decidió que valía la pena soportar unos azotes de Zaporavo y, sin pensarlo más, se quitó las sandalias de cuero, la falda corta y la blusa Trepó sobre la borda, descendió por las cadenas del ancla, se tiró al agua y nadó hacia tierra.

Permaneció un momento en la playa sintiendo el cosquilleo de la arena en las plantas de los pies, mientras buscaba con la mirada a la tripulación. Vio sólo a unos cuantos hombres a poca distancia, que parecían dormir bajo los árboles. En sus manos había restos de aquel extraño fruto dorado. La joven se preguntó por qué dormirían tan profundamente a aquella temprana hora del día.

Nadie la detuvo cuando cruzó la blanca franja de arena y penetró en las sombras que proyectaban los árboles. Notó que éstos estaban distribuidos en grupos irregulares y que entre ellos había pequeñas y grandes extensiones de hierba verde en terreno inclinado. Al continuar en la misma dirección que había tomado Zaporavo, la muchacha se asombró por el maravilloso paisaje que veía. Había suaves colinas verdes con árboles y reinaba un silencio onírico, como encantado.

Al cabo de un rato llegó a la cima de una colina rodeada de altos árboles, y entonces aquella maravillosa sensación de paz y encanto que antes la había embargado se desvaneció súbitamente por culpa de lo que acababa de ver sobre la hierba pisoteada y manchada de sangre Sancha lanzó un grito involuntario y retrocedió Luego avanzó con los ojos desorbitados y temblando de pies a cabeza..Zaporavo yacía sobre la pradera, mirando fijamente hacia el cielo con una enorme herida en el pecho. Cerca de su mano inerte estaba su espada. El Halcón había realizado su último vuelo.

Sancha contempló el cadáver de su amo con cierta emoción. No tenía motivos para amarle, y sin embargo sentía lo mismo que habría experimentado cualquier joven al contemplar el cuerpo del hombre que la había poseído por primera vez. No lloró ni sintió la necesidad de hacerlo, pero su cuerpo comenzó a temblar convulsivamente y se le heló la sangre en las venas. No obstante, logró sobreponerse y resistir la ola de histeria que estaba a punto de invadirla.

Miró a su alrededor, esperando ver al hombre en quien estaba pensando en ese momento. Pero sólo vio el círculo de árboles gigantescos y las azuladas laderas de la montaña que se alzaban más allá. ¿Acaso Zaporavo se habría arrastrado hasta ese lugar mortalmente herido? Pero alrededor del cadáver no se veía ninguna huella de sangre.

Sancha vagó desorientada entre los árboles, tensando todos los músculos de su cuerpo cada vez que oía el susurro de las hojas que de cuando en cuando agitaba la brisa.

– ¿Conan? – preguntó con extraño tono de voz, debilitada por el terrible silencio que de repente se había vuelto tenso.

Un pánico inesperado hizo presa de ella y sus rodillas comenzaron a temblar.

– ¡Conan! – gritó desesperadamente –. Soy yo... ¡Sancha! ¿Dónde estás? Por favor, Conan...

Su voz se ahogó en su garganta. Un terror increíble le dilató los ojos. Entreabrió sus rojos labios para gritar. Una extraña parálisis se apoderó de todos sus miembros cuando más necesidad tenía de huir.

No podía moverse. Lo único que lograba hacer era gritar sin que surgiera un solo sonido de su garganta atenazada.

Capítulo II

Cuando Conan vio que Zaporavo se internaba solo en el bosque, pensó que acababa de presentarse la ocasión que tanto esperaba. No había comido fruta ni participado en los juegos de sus compañeros.

Toda su atención se centraba en vigilar al jefe pirata. Habituados a las costumbres de Zaporavo, sus hombres no se asombraron de que el capitán partiera solo a explorar una isla desconocida y probablemente hostil. Se dedicaron, pues, a divertirse, y no se dieron cuenta de que Conan se deslizaba tras el jefe como una pantera al acecho.

Conan no dudaba de la influencia que ejercía sobre la tripulación, pero no se había ganado el derecho, mediante la lucha o la provocación, de retar a un duelo a muerte al capitán. En aquellos desiertos mares no tenía la oportunidad de probarse a sí mismo, según la ley que imperaba entre los filibusteros.

La tripulación apoyaría a su jefe en caso de que Conan le matara abiertamente. Pero sabía que si mataba al capitán sin que sus hombres se enteraran, aquella tripulación sin jefe no permanecería fiel a la memoria de un hombre muerto. Para aquella manada de lobos, sólo contaban los vivos.

Siguió ansioso a Zaporavo con la espada desenvainada hasta llegar a una cima rodeada de árboles. Por entre dos troncos divisó el verde paisaje de las colinas, que parecían confundirse en la distancia. Allí, Zaporavo, intuyendo la persecución, se volvió con la espada desenvainada en la mano. El pirata profirió una maldición y luego preguntó:

– ¿Por qué me sigues, perro?

– ¿Y cómo se te ocurre hacer esa estúpida pregunta? – repuso Conan echándose a reír y avanzando rápidamente hacia su jefe. A continuación sonrió. Sus ojos azules centelleaban con un brillo salvaje.

Zaporavo espetó un juramento, y su espada chocó contra el sable de Conan cuando el barachano atacó. La ancha hoja era como una llama azul encima de su cabeza. Zaporavo era veterano de mil combates en tierra y mar. No había un hombre en el mundo más versado que él en el manejo de la espada. Pero jamás había cruzado su acero contra el de un hombre casi primitivo y criado más allá de los confines de la civilización. Su formidable maestría en el terreno de las armas se enfrentaba con una velocidad y una fuerza física inconcebibles en un hombre civilizado.

La forma de luchar de Conan era completamente heterodoxa, pero instintiva y natural como la de un lobo salvaje. Las sutiles complejidades de la esgrima eran tan inútiles contra su primitiva furia

como la habilidad de un boxeador contra los ataques de una pantera.

Peleó como jamás lo había hecho en su vida, e hizo esfuerzos desesperados por detener la hoja que centelleaba sobre su cabeza como un relámpago. Pero de repente la espada de Conan golpeó la empuñadura de su sable, y sintió que su brazo se quedaba paralizado por el terrible impacto. El golpe fue seguido instantáneamente por una embestida tan fuerte que la hoja de acero atravesó su cota de malla y sus costillas como si fueran de papel, y después se clavó en su corazón. Los labios de Zaporavo se retorcieron durante su breve agonía, pero sonrió hasta el final; de su garganta no surgió ni una sola queja. Antes de que su cuerpo quedara tendido sobre la pisoteada hierba, donde las gotas de sangre brillaban como rubíes bajo el sol, ya estaba muerto.

Conan sacudió la sangre que manchaba su espada, sonrió satisfecho y se estiró perezosamente... De repente, tensó todos los músculos de su cuerpo. La expresión de satisfacción que se reflejaba en su rostro dio paso a una mirada de asombro. Permaneció inmóvil como una estatua durante algunos segundos, con la espada extendida a medias hacia adelante.

Al apartar la mirada de su vencido enemigo, la fijó en los árboles que le rodeaban y en el paisaje que resplandecía a lo lejos. Y entonces vio una cosa fantástica..., algo increíble e inexplicable. Sobre la ladera de una distante colina se recortaba una alta figura negra que cargaba a otra figura blanca sobre un hombro. La aparición se desvaneció con la misma rapidez con la que se había presentado, dejando a Conan con la boca abierta por la sorpresa.

El pirata miró a su alrededor, luego observó inquieto el camino que había recorrido momentos antes y soltó una maldición. Se sentía profundamente molesto, desasosegado, si es que ese término podía aplicarse a un ser como él, con nervios de acero. En medio de un paisaje real y fantástico a un tiempo, se había introducido una imagen de pesadilla. Conan no dudaba de su vista ni de su cordura. Pero acababa de ver algo extraño e increíble, estaba seguro de ello. Una figura negra que se deslizaba rápidamente cargando una cautiva blanca ya era motivo de sorpresa, pero aquella figura negra era asombrosamente alta.

Movió la cabeza con incredulidad y se dirigió rápidamente hacia el lugar donde había visto aquello.

No cuestionaba la prudencia de sus actos. Estaba tentado por la curiosidad y sentía el impulso irresistible de obedecer a sus

instintos.

Cruzó una colina tras otra, cada una de ellas con sus gigantescos árboles. El camino era ascendente, aunque a veces, con monótona regularidad, también tenía leves descensos. La asombrosa disposición de pequeñas cimas y declives parecía interminable. Pero finalmente Conan alcanzó lo que creía que era la cima más alta de la isla y se detuvo al ver unas brillantes murallas verdes y unas torres del mismo color, que hasta ese momento se habían confundido tan perfectamente con el paisaje que el cimmerio no las había divisado a pesar de su vista de águila.

Conan dudó, acarició la empuñadura de su espada y luego siguió adelante impulsado por la curiosidad. No vio a nadie al acercarse a una alta arcada que había en la muralla sin puertas. Atisbando por entre unas grietas percibió lo que parecía ser un amplio patio abierto, tapizado de hierba y rodeado por un muro circular de una sustancia verde semitransparente. En él había varios arcos.

Avanzando de puntillas y con la espada preparada, entró por una de aquellas arcadas y salió a otro patio similar. Por encima de otra muralla interior vio asomar los pináculos de unas extrañas estructuras que parecían torres. Una de estas torres estaba construida en parte en el patio en el que él se encontraba. Una ancha escalera conducía a ella Conan subió, preguntándose si todo aquello era real o si seria un sueño provocado por el loto negro.

Al final de la escalera se encontró en un rellano amurallado o quizá en un balcón. No estaba seguro. En ese momento distinguía más detalles de las torres, pero carecían de significado para él. Se dio cuenta con cierta inquietud de que no podían haber sido construidas por manos humanas. Había simetría en su arquitectura, pero era una simetría demencial; se trataba de un sistema ajeno a la mente humana. En cuanto al plano de la ciudad, castillo o lo que fuera, veía lo suficiente como para pensar que había un gran número de patios, en su mayor parte circulares, y cada uno de ellos estaba rodeado por un muro y conectado con los demás por medio de arcadas abiertas. Todo el conjunto parecía estar agrupado alrededor de las fantásticas torres del centro.

Al volverse para mirar hacia otro lado, Conan tuvo una terrible sorpresa y se agachó rápidamente detrás del parapeto del balcón, con la mirada fija enfrente y la boca abierta de asombro.

El balcón o rellano era más alto que el muro de enfrente, y en

ese momento Conan veía por encima de esa pared otro patio. La curva interior del muro de aquel patio difería de las que había visto en que, en lugar de ser continua, parecía tener largas filas de anaqueles abarrotados de pequeños objetos cuya naturaleza Conan no pudo determinar.

Sin embargo, en ese momento prestó muy poca atención a la muralla Su curiosidad se centraba en el grupo de seres que se encontraban agachados alrededor de un estanque verde que había en medio del patio. Se trataba de unos individuos negros que, pese a tener apariencia humana, eran gigantes comparados con el alto pirata. Eran tipos más bien delgados, pero bien formados, sin rastros de deformidad, excepto su talla anormal. Pero incluso a distancia Conan percibió lo diabólico de sus rostros.

En el centro se hallaba, temblando, un muchacho al que Conan reconoció como el marinero más joven del Holgazán Seguramente era el prisionero que el cimmerio vio que llevaban por la ladera de la colina. Conan no había oído ruido de pelea y no veía heridas ni manchas de sangre en los delgados miembros de ébano de los gigantes. Evidentemente el joven se había internado desde la playa, alejándose de sus compañeros, y había sido capturado en una emboscada tendida por un negro.

Conan supo instintivamente que aquellos tipos gigantescos y oscuros no eran hombres.

A sus oídos no llegaba ningún ruido. Los negros asentían con movimientos de cabeza y hacían gestos, pero no hablaban. Uno de ellos, agachado delante del muchacho, sostenía un objeto parecido a una gaita en la mano. Se lo llevó a los labios y al parecer sopló, aunque Conan no oyó ningún sonido. Pero el joven zingario oyó o sintió algo. Tembló y se retorció como si estuviera agonizando; había una cierta regularidad y un ritmo en la convulsión de sus miembros. Las convulsiones dieron paso a violentas sacudidas y luego a movimientos regulares. El joven comenzó a bailar de la misma forma en que lo hacían las cobras bajo la flauta del faquir. En la extraña danza había un cierto abandono carente de gozo y desagradable a la vista. Era como si la muda melodía de las invisibles gaitas tocara el fondo del alma del joven con dedos lascivos y le arrancara toda expresión involuntaria de su secreta pasión por medio de una tortura brutal. Era como contemplar un alma completamente desnuda con todos sus oscuros y vergonzosos secretos al descubierto.

Conan siguió observando la escena con repulsión. Aun cuando

era tan elemental como un lobo salvaje, no ignoraba los perversos secretos de las civilizaciones decadentes. En su vagar por las ciudades de Zamora había conocido a las mujeres de Shadizar la Maldita. Pero en ese momento percibía una vileza cósmica que trascendía la simple degeneración humana... Era una rama perversa del Árbol de la Vida, que se había desarrollado fuera de toda comprensión humana. No sentía asombro por las contorsiones agónicas ni por las posturas del joven, sino más bien por la obscenidad cósmica de aquellos seres que hacían poner de manifiesto los secretos insondables yacentes en los entresijos del alma humana, y hallaban placer en aquellas voluptuosidades propias de una pesadilla.

De repente el torturador negro dejó su instrumento en tierra y se puso en pie, levantándose por encima de la retorcida figura blanca. Aferró brutalmente al muchacho por el cuello y las caderas, y le introdujo la cabeza en el estanque verde. Conan distinguió el brillo de su blanco cuerpo en el agua verdosa, mientras el gigante negro le retenía bajo la superficie del agua. Luego hubo un movimiento de inquietud entre los demás negros, y Conan se agachó rápidamente bajo el parapeto, sin atreverse a levantar la cabeza.

Al cabo de un rato la curiosidad le venció y volvió a mirar con suma cautela. Los negros salían en fila de una arcada y se dirigían a otro patio. Uno de ellos colocó algo sobre un anaquel que había en el muro más alejado; Conan vio que era precisamente el que había torturado al joven. Era más alto que los demás y llevaba un turbante cubierto de piedras preciosas. No había rastros del muchacho torturado.

El gigante siguió luego a sus compañeros, y al cabo de unos momentos Conan los vio salir por la arcada a través de la cual él mismo había entrado en el castillo del horror. Segundos después pudo observar que se encaminaban a las verdes laderas, por donde él había llegado. No llevaban armas, y sin embargo Conan presentía que planeaban un ataque contra el resto de la tripulación.

Pero antes de partir para avisar a los filibusteros, deseaba averiguar cuál había sido el destino del joven. El silencio era impresionante. El pirata pensaba que tanto en los patios como en las torres no había nadie, salvo él. Bajó deprisa por las escaleras, cruzó el patio y atravesó una arcada para entrar en otro patio, precisamente el que acababan de abandonar los gigantes negros. Fue entonces cuando vio la muralla estriada. Tenía varias filas de estrechos anaqueles en los que había miles de diminutas figuras, en su mayor parte de color grisáceo. Estas figuras, que no eran más grandes que una mano

humana, representaban hombres y estaban realizadas con una perfección tal que Conan pudo reconocer las características raciales de diferentes pueblos: los rasgos típicos de los zingarios, argoseos, ofireos y corsarios kushitas. Estos últimos eran de color negro, al igual que sus modelos reales. Conan sintió un cierto desasosiego al contemplar aquellas figuras mudas y sin ojos. En todas se percibía un toque de realidad que resulta sorprendente y a la vez perturbador. Tampoco podía discernir de qué clase de material estaban hechas, aunque parecían de hueso petrificado. Pero no entendía cómo podía existir en aquel lugar tal cantidad de sustancia petrificada como para hacer tantas imágenes.

Notó que algunas imágenes representaban tipos humanos que él conocía, pero éstas ocupaban los anaqueles más altos. Los más bajos estaban llenos de figuras cuyos rasgos le resultaban desconocidos. Quizá fueran producto de la imaginación de algún artista o tal vez representaban razas desaparecidas y olvidadas.

Conan sacudió la cabeza con impaciencia y se volvió hacia el estanque. En el patio circular no había dónde ocultarse, y puesto que no se veía el cuerpo del joven por ningún lado, lo más lógico era que aún estuviera en el fondo del estanque.

Se acercó al sereno círculo verde y observó la brillante superficie. Era como mirar a través de un grueso cristal, nítido, pero a la vez extrañamente ilusorio. El estanque, que no tenía grandes dimensiones, era redondo como un pozo y estaba rodeado por un brocal de verde jade. Miró hacia abajo y vio el fondo, también redondo, pero no pudo calcular su profundidad, aunque daba la impresión de ser increíblemente hondo, ya que le produjo el mismo vértigo que hubiera experimentado al contemplar el fondo de un abismo.

Se sintió desconcertado cuando se dio cuenta de que podía ver el fondo, pero allí estaba, debajo de sus ojos, remoto, ilusorio, sombrío, pero visible. Por un momento le pareció ver una rara luminosidad en el fondo, aunque no estaba muy seguro de ello. Pero lo que podía asegurar era que el pozo estaba vacío, excepto el agua brillante que contenía.

Entonces, ¿dónde podría estar el muchacho que él había visto ahogar tan brutalmente en aquellas aguas? Conan se incorporó, acarició la empuñadura de su espada y observó nuevamente el patio. Su mirada se fijó en un punto situado en uno de los anaqueles más altos. Había visto al gigante colocando algo allí... y en el acto un sudor

frío cubrió la piel morena de Conan.

Dudando, pero como arrastrado por un imán gigantesco, el pirata se acercó a la brillante pared. Aturdido por la sospecha, demasiado monstruosa como para atreverse a expresarla siquiera en su mente, miró la última figura colocada en aquel estante. En seguida se hizo evidente la espantosa familiaridad. El rostro pétreo, inmóvil, diminuto, pero inequívocamente suyo, del muchacho zingario, le miraba fijamente. Conan retrocedió, profundamente conmovido. La espada tembló en su mano al mirar hacia arriba, con la boca abierta, aturdido por una realidad demasiado abismal y espantosa como para que la mente pudiera aprehenderla.

Pero el hecho era evidente. Quedaba revelado el secreto de las imágenes diminutas, aunque detrás de éste yacía el misterio más oscuro y complejo de su existencia.

Capítulo III

Conan nunca supo el tiempo que permaneció inmóvil, aturdido por aquella espantosa visión. Un ruido le sobresaltó. Era una voz femenina que gritaba como si la mujer estuviera acercándose Conan reconoció la voz, y su parálisis desapareció en el acto.

Dio un tremendo salto hasta los anaqueles más altos, a los que se aferró con ambas manos, y apartó las pequeñas figuras con los pies para poder apoyarse. De otro salto llegó en unos segundos al borde del muro, y miró por encima de éste. Se trataba de una muralla exterior desde la que se veía la enorme pradera que rodeaba el castillo.

Un gigante negro atravesaba en ese momento la enorme extensión de hierba, llevando bajo un brazo, sin ningún esfuerzo, a la prisionera que se agitaba violentamente entre sus brazos. Se trataba de Sancha, cuyos negros cabellos caían en cascada. Su piel aceitunada contrastaba con el negro pellejo de su raptor. El gigantesco individuo no hacía el menor caso de sus gritos y movimientos desesperados por liberarse mientras se encaminaba hacia la arcada exterior.

Al desaparecer en el interior, Conan se acercó de un salto al arco que daba al patio. Agazapado allí, vio entrar al gigante en el patio del estanque, cargando todavía a su furiosa prisionera. En ese momento, Conan pudo distinguir claramente los detalles de aquella extraña criatura.

La soberbia simetría de su cuerpo y de sus extremidades era mucho más impresionante de cerca. Bajo la piel de ébano brillante se movían unos músculos tremendamente desarrollados. Conan no tenía la menor duda de que ese individuo seria capaz de destrozar a cualquier hombre. Las uñas de sus dedos constituían un arma, ya que eran largas como las garras de un animal salvaje. Sus ojos brillaban con reflejos dorados. El rostro era una especie de máscara de ébano, de rasgos absolutamente inhumanos.

Cada línea de su cara estaba teñida de una extraña expresión de maldad, que trascendía toda maldad humana. No se trataba de un ser humano... Era una creación blasfema..., una perversión de la naturaleza.

El gigante arrojó a Sancha a tierra, y la muchacha se encogió, gritando aterrada. El negro miró a su alrededor como si no se sintiera seguro y entornó los ojos al contemplar las figuras volcadas y derribadas de los anaqueles. Entonces aferró a su cautiva por el cuello y la ingle y caminó con ella directamente hacia el estanque. Pero en ese preciso momento Conan salió de la arcada y atravesó el patio como si fuera una ráfaga de viento infernal.

El gigante se dio media vuelta y sus ojos centellearon al ver que el vengador se acercaba. El negro aflojó por un instante la presión que ejercía sobre su víctima a causa de la sorpresa, y Sancha se retorció violentamente entre sus brazos y cayó sobre la hierba del patio. El gigantesco individuo extendió sus manos terminadas en garras hacia adelante, pero Conan las esquivó agachándose con la velocidad de un tigre, y atacó con la espada la ingle del gigante. El negro cayó como un árbol cortado de raíz, y Conan sintió que Sancha lo rodeaba con sus brazos, aterrada.

Conan maldijo entre dientes. Su enemigo había muerto. Los ojos del gigante estaban vidriosos y los movimientos espasmódicos de sus largos miembros de ébano habían cesado.

– ¡Oh, Conan! – dijo Sancha sollozando y aferrándose con fuerza a su salvador –. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Quiénes son estos monstruos? ¡Oh, seguramente esto es el infierno y ese negro era el diablo!

– Entonces el infierno tendrá necesidad de un nuevo diablo – dijo él sonriendo fieramente –. Pero, ¿cómo te capturó? ¿Acaso se han apoderado del barco?

– No lo sé – dijo la muchacha tratando de enjugar sus lágrimas –. Yo nadé hasta la playa. Vi que seguías a Zaporavo y os seguí a los dos. Luego encontré a Zaporavo... y estaba... ¿Fuiste tú quien lo hizo?

– ¿Qué otro podría ser? – gruñó Conan –. Continúa.

– Percibí algo que se movía entre los árboles y creí que eras tú. Te llamé... y después vi a esa cosa negra agazapada como un mono entre las ramas, mirándome. Fue como una pesadilla. Me sentía incapaz de correr. No pude hacer otra cosa que gritar. Entonces se dejó caer desde el árbol y me cogió... ¡Oh... oh!

La muchacha ocultó el rostro entre las manos y se puso a temblar al recordar los horrores pasados.

– Tenemos que salir de aquí – gruñó Conan, tomando a la muchacha por una muñeca –. Vamos, debemos volver a donde se encuentra la tripulación...

– La mayor parte de los hombres estaban dormidos en la playa cuando me interné en el bosque.

– ¿Dormidos? ¡Por Crom! ¿A qué diablos obedece todo esto...?

– ¡Escucha!

La joven quedó paralizada como una muda imagen del horror.

– ¡Lo oí! ¡Es una queja! ¡Espera!

Conan corrió de nuevo hacia los anaqueles. Miró una vez más hacia el exterior y maldijo con tanta furia concentrada que hasta Sancha se sorprendió. Los negros regresaban, pero no venían solos ni con las manos vacías. Cada uno de ellos cargaba con un cuerpo inerte. Algunos llevaban dos. Sus prisioneros eran los filibusteros del Holgazán. Colgaban fláccidamente de los brazos de sus captores y, a no ser por algún vago movimiento de sus cuerpos, Conan habría pensado que estaban muertos.

Les habían desarmado, pero todavía conservaban sus ropas. Uno de los negros llevaba las espadas de brillante acero. De cuando en cuando uno de los marineros gritaba débilmente como un borracho llamando a alguien en sueños.

Conan miró a su alrededor como un lobo acorralado. Tres de las arcadas conducían al exterior del patio del estanque. Los negros

habían abandonado el patio por las arcadas del este, y seguramente entrarían de nuevo por allí. Sin embargo, Conan había entrado por el arco que daba al sur. Se ocultó en la arcada oeste y no tuvo tiempo de observar lo que había más allá. A pesar de ignorar completamente el plano del castillo, se vio obligado a tomar una rápida decisión.

Saltó a tierra desde la pared y volvió a colocar rápidamente las imágenes en su sitio. Luego arrastró el cadáver del negro hacia el estanque y lo arrojó al agua. El cuerpo se hundió de inmediato, y Conan vio claramente que el cadáver se contraía de un modo extraño, luego se encogía y se endurecía. Conan sintió un escalofrío y se dio media vuelta. Luego tomó a su acompañante por un brazo y la condujo hacia la arcada sur, mientras la joven suplicaba que le explicara lo que ocurría.

– Han atrapado a la tripulación – dijo el cimmerio –. No tengo ningún plan, pero nos esconderemos en algún lugar y vigilaremos. Si no miran hacia el estanque, tal vez no sospechen nuestra presencia.

– ¡Pero verán la sangre que hay sobre la hierba!

– Es probable que piensen que la vertió uno de sus propios diablos – repuso –. De todos modos, tendremos que correr ese riesgo.

Se encontraban en el patio, desde donde Conan había contemplado la tortura del muchacho. El pirata condujo rápidamente a la joven hasta la escalera que subía por la muralla sur, y allí la obligó a agacharse tras la balaustrada del balcón. El escondite no era bueno, pero no tenían otro mejor.

Apenas habían ocupado su sitio cuando los negros entraron en el patio. Hubo un ruido al pie de las escaleras, y Conan se puso en tensión, empuñando la espada. Pero los negros pasaron de largo a través de una arcada situada en el lado suroeste. A continuación se oyeron una serie de lamentos y quejidos.

Los gigantes estaban dejando caer a sus víctimas al suelo. Un sollozo histérico se ahogó en la garganta de Sancha en el momento en que Conan le tapó la boca con la mano para evitar que el ruido los delatara.

Al cabo de un rato oyeron las pisadas de muchos hombres sobre la hierba, y luego reinó el silencio.

Conan miró por encima de la muralla. El patio estaba desierto. Los negros se encontraban una vez más reunidos alrededor del

estanque, en el patio cercano, sentados sobre sus talones. No prestaban la menor atención a las enormes manchas de sangre que había tanto sobre la hierba como sobre el brocal del pozo. Evidentemente, las manchas de sangre no debían de ser algo anormal allí. Tampoco miraron hacia el estanque. Estaban enfrascados en un extraño cónclave. El negro alto estaba tocando la gaita dorada y sus compañeros escuchaban inmóviles como estatuas de ébano.

Conan tomó a Sancha por una mano y bajó rápidamente por las escaleras, agachándose para que su cabeza no sobresaliera por encima de la muralla. La muchacha lw siguió con dificultad, mirando aterrada hacia la arcada que daba al patio del estanque, pero desde ese ángulo no se veía el estanque, ni los extraños individuos. Al pie de las escaleras se encontraban las espadas de los zingarios. El ruido que habían oído momentos antes se debía a las armas que el negro había dejado caer al suelo.

Conan condujo a Sancha hacia la arcada suroeste, cruzaron en silencio la extensión de hierba y entraron en el patio que se encontraba un poco más lejos. Allí estaban los miembros de la tripulación en un montón informe. Algunos se movían o gruñían entre dientes. Conan se inclinó sobre ellos y Sancha se arrodilló a su lado...

– ¿Qué será ese aroma tan dulce? – preguntó –. Se percibe en el aliento de todos.

– Es de esa maldita fruta que estaban comiendo – repuso Conan en voz baja –. Recuerdo perfectamente su olor. Debe de ser algo parecido al loto negro, que hace dormir a los hombres. ¡Por Crom! Están comenzando a despertar... pero no tienen armas, y estoy seguro de que esos diablos negros no tardarán mucho en aplicar su magia sobre ellos. ¿Qué posible salida habrá para estos muchachos desarmados y drogados?

Conan quedó profundamente sumido en sus pensamientos por un instante. Luego apoyó una mano sobre el blanco hombro de Sancha, con tanta brusquedad que la joven se sobresaltó.

– ¡Escucha! Me llevaré a esos cerdos negros hacia otro lugar del castillo y allí les tendré ocupados durante un rato. Mientras tanto, tú despertarás a estos estúpidos y les traerás sus armas... Es una oportunidad de salvarse. ¿Podrás hacerlo?

– No lo sé – repuso Sancha, sacudiendo aterrada la cabeza, casi sin saber lo que decía.

Conan cogió a la joven por los cabellos mientras soltaba un juramento, y la sacudió hasta que Sancha sintió que las murallas daban vueltas a su alrededor.

– ¡Tienes que hacerlo! – dijo el pirata –. ¡Es nuestra única posibilidad!

– ¡Haré lo que pueda! – musitó Sancha.

Conan se alejó gruñendo algo ininteligible y dando una palmada de aliento a la joven en la espalda, que casi la hizo rodar por el suelo.

Poco después se encontraba agazapado en la arcada que daba al patio del estanque, mirando a sus enemigos Todavía estaban sentados tal como les había visto antes, pero empezaban a mostrar una maligna impaciencia. Conan oyó gruñidos y maldiciones, mezclados con palabras incoherentes provenientes del patio en el que se encontraban los hombres. El cimmerio tensó todos los músculos de su cuerpo y se agachó un poco más, como una pantera dispuesta a atacar.

El enjoyado gigante se puso en pie apartando la extraña gaita de sus labios... y en ese preciso instante, Conan, con un fantástico salto de tigre, cayó entre ellos y atacó como una fiera salvaje. Su espada centelleó tres veces como un relámpago antes que los sorprendidos negros tuvieran tiempo de levantar una mano para defenderse. Luego se alejó y corrió velozmente por el patio. Detrás de él quedaban tres gigantescas figuras negras en el suelo.

Pero aunque su inesperada furia había tomado por sorpresa a los gigantes, los sobrevivientes se recuperaron de inmediato. Cuando Conan atravesó la arcada oeste, los negros ya le estaban persiguiendo de cerca con una velocidad de vértigo. Sin embargo, Conan tenía una gran confianza en sí mismo en lo tocante a vencerles en cualquier carrera a pie. Aun así, ésa no era su intención. Su propósito era arrastrarles a una larga carrera con el fin de darle tiempo a Sancha de despertar a los zingarios... Cuando Conan corrió hacia el patio que había más allá de la arcada oeste profirió un juramento. Este patio era diferente de los demás porque no era redondo, sino octogonal, y el arco por el que había entrado era a su vez la única salida.

Conan se dio media vuelta y vio que le estaban siguiendo todo el grupo de gigantes. Algunos de ellos obstruían la arcada y el resto se había desplegado en una amplia línea al acercarse a él. El cimmerio

les hizo frente al tiempo que retrocedía lentamente hacia la muralla norte Entonces, la línea de negros formó un semicírculo a fin de acorralarle. Conan siguió retrocediendo, cada vez más lentamente, advirtiendo que se ensanchaban los espacios que había entre los gigantes. Temían que su presa huyera por un extremo del semicírculo, y por ello se extendían todo lo posible.

Conan observaba todos los detalles con la atención de un lobo acorralado y, cuando atacó, lo hizo con la devastadora rapidez de un huracán... en el mismo centro del semicírculo. El gigante que le impedía el paso cayó con el pecho abierto y el pirata se encontró fuera del círculo que se cerraba antes que los negros pudieran acudir en ayuda de su camarada. El grupo que se encontraba en la arcada se preparó para recibir su agresión, pero Conan no atacó. Se había dado media vuelta y contemplaba a sus perseguidores sin ninguna emoción ni temor.

Esta vez no se desplegaron en línea. Habían aprendido que era fatal dividir sus fuerzas contra semejante encarnación de la furia. Formaron una masa compacta y avanzaron hacia él lentamente, manteniendo su formación.

Conan sabía que si llegaba a ser presa de aquella masa de garras, músculos y huesos no tendría ninguna posibilidad de salvarse. Si lograban arrastrarle hacia un lugar en el que pudieran emplear el peso de sus cuerpos con mayor ventaja, ni siquiera la primitiva ferocidad del pirata serviría de nada.

Miró hacia la pared y vio un saliente en un rincón. No sabía qué era, pero le serviría. Comenzó a retroceder hacia aquella esquina y los gigantes avanzaron con más rapidez. Era evidente que pensaban que muy pronto le acorralarían, y Conan tenía la certeza de que aquellos individuos le consideraban mentalmente inferior a ellos. Tanto mejor. No había nada más desastroso que subestimar a un enemigo.

Cuando se encontraba a pocos metros de distancia de la muralla, los negros comenzaron a acercarse más deprisa, con la intención de cercarle antes que pudiera darse cuenta de su situación. El grupo de la entrada había abandonado sus puestos y corría a unirse a sus compañeros. Los gigantes avanzaban agachados, con los ojos brillantes como un fuego infernal y los dientes resplandecientes, y extendían sus manos provistas de garras como si trataran de impedir un ataque. Esperaban un golpe repentino y violento por parte de su presa, pero cuando éste se produjo, les volvió a coger desprevenidos.

Conan levantó la espada, avanzó hacia ellos y luego se dio media vuelta y corrió en dirección a la muralla. Con un increíble esfuerzo de sus músculos de acero saltó en el aire y extendió un brazo,.logrando aferrar con sus dedos el saliente. En seguida se oyó un crujido y todo el saliente de la muralla cedió e hizo que el pirata cayera al patio.

Conan cayó de espaldas. A no ser por la tupida hierba que cubría la tierra, en la que rebotó como un gato, se hubiera fracturado la columna vertebral, a pesar de la formidable musculatura que protegía sus huesos. Entonces se dispuso a enfrentarse con sus enemigos. De sus ojos había desaparecido toda expresión de calma o cautela. Ahora brillaban como los de una fiera salvaje, y enseñaba los dientes a través de sus labios abiertos. En un instante la situación había cambiado y había dejado de ser un simple juego para convertirse en una batalla de vida o muerte. Entonces, Conan respondió con toda la furia salvaje de los bárbaros.

Los negros, que se habían detenido por un momento ante la rapidez de los acontecimientos, iniciaron su avance para abalanzarse sobre él, pero en ese preciso instante un grito rasgó el silencio. Los gigantescos negros se dieron media vuelta y vieron que por la entrada del patio aparecía un grupo de hombres de aspecto horrible. Los piratas se tambaleaban como borrachos y gritaban maldiciones incoherentes. Parecían atemorizados, pero sostenían con fuerza sus espadas y avanzaban con una ferocidad que revelaba que sabían lo que estaba ocurriendo.

Los negros les miraron asombrados y Conan lanzó un grito atronador al tiempo que atacaba con la velocidad del rayo. Los negros comenzaron a caer como frutos maduros bajo su espada, mientras los zingarios, gritando con una furia terrible, atravesaron corriendo el patio y cayeron sobre sus enemigos con odio bestial. Los hombres de la tripulación seguían aturdidos. Habían sentido las violentas sacudidas que les propinó Sancha para obligarles a empuñar las espadas y habían oído las palabras que les incitaban a entrar en acción. No lograron entender todo lo que les decía, pero la vista de extraños y el derramamiento de sangre era un acicate que jamás fallaba en ellos.

En un segundo, el patio se convirtió en un campo de batalla que pronto tuvo el aspecto de un matadero.

Los zingarios se tambaleaban, pero manejaban la espada con firmeza y seguridad, ignorando por completo sus heridas, excepto las

que eran fatales. Eran mucho más numerosos que los negros, pero éstos tenían una fuerza increíble. Sus hombros y sus cabezas sobresalían por encima de sus enemigos y sembraban la muerte con manos y dientes, mordiendo las gargantas de los hombres y dando golpes con el puño cerrado sobre los cráneos, que quedaban aplastados en un santiamén. Mezclados en aquella barahúnda, los bucaneros no podían usar su mayor agilidad en su ventaja y muchos de ellos todavía se encontraban bajo los efectos de la droga, y no podían esquivar a tiempo los golpes que recibían. Luchaban con una ferocidad ciega, demasiado familiarizados con la muerte como para evitarla. El ruido de las espadas era semejante al del hacha de un carnicero. Los alaridos y los gritos de dolor resultaban estremecedores.

Sancha, agazapada en la arcada del patio, estaba aturdida por el ruido de la batalla, y tenía la impresión de estar contemplando un cuadro dantesco en el que aparecían y desaparecían rostros contorsionados, brazos levantados, espadas manchadas de sangre y cuerpos que parecían bailar una danza, demencial.

Todos estos detalles se veían muy brevemente, como pinceladas sobre un fondo de sangre. Sancha vio a un marinero zingario que, ciego de furia, apoyaba los pies en el suelo y hundía la espada en un negro vientre. La muchacha oyó claramente el salvaje gruñido del marinero al atacar. El negro moribundo aferró la hoja con sus manos y el marinero se tambaleó. Una mano negra se posó con una fuerza titánica sobre la cabeza del zingario y acto seguido éste sintió una rodilla sobre la espalda. La cabeza del marinero fue echada hacia atrás y se quebró como la rama de un árbol. El negro arrojó al suelo el cuerpo de su víctima... y al hacerlo, algo parecido a un rayo de luz azul brilló a sus espaldas, de derecha a izquierda. Luego se tambaleó y cayó pesadamente al suelo.

Sancha sintió náuseas. Hizo un esfuerzo por huir de aquel espectáculo, pero las piernas no la obedecieron. Tampoco pudo cerrar los ojos. Incluso los abrió más. Estaba completamente asqueada, pero sentía, pese a todo, la fascinación que siempre experimentaba al ver sangre. Por otro lado, jamás había presenciado una lucha semejante entre seres humanos, ni siquiera en los ataques de los piratas a ciudades o puertos de la costa, ni en las batallas en el mar. Entonces vio a Conan.

Separado de sus compañeros por el enemigo, el cimmerio se había visto envuelto en una negra ola de brazos y cuerpos, y le habían zarandeado de un lado a otro a pesar de sus esfuerzos titánicos. Se había caído al suelo, donde seguramente le hubieran matado, pero

había arrastrado consigo a uno de los gigantescos negros que en esos momentos le protegía. Los demás negros intentaron pisotearle y apartar a su compañero, pero Conan mantenía sus dientes clavados en la garganta del gigante, aferrado desesperadamente a su escudo de carne y hueso.

La carnicería que llevaban a cabo los zingarios contuvo el ataque de los enemigos, por lo que Conan arrojó a un lado el cuerpo del negro y se puso en pie, cubierto de sangre, con un aspecto lamentable.

Los gigantes se alzaban encima de él como sombras negras y daban golpes terribles en el aire. Era tan difícil capturar o golpear al pirata como a una pantera enfurecida, y a cada golpe de su espada saltaba la sangre a su alrededor. Conan había recibido golpes capaces de matar a tres hombres, pero su vitalidad de toro le mantenía en pie.

Su grito de guerra se oyó por encima del fragor de la batalla, y los furiosos zingarios redoblaron su ataque hasta que el sonido ahogado de la carne que se rasgaba y de los huesos que se fracturaban casi ahogó los alaridos de dolor y de cólera.

Los negros vacilaron y corrieron hacia la salida. Sancha gritó al verlos llegar, y se apartó rápidamente de su camino. Los gigantes se apelotonaron desordenadamente en la salida y los furiosos zingarios les atacaron por la espalda con golpes mortales. La salida al patio se convirtió en un matadero antes de que los pocos sobrevivientes negros huyeran cada uno por su lado..La batalla se convirtió en una persecución. Los gigantes huían por los patios, por las brillantes escaleras, por encima de los tejados de las fantásticas torres, e incluso por los anchos bordes de las murallas, vertiendo sangre a cada paso y perseguidos por los marineros. Al verse cercados, muchos de ellos daban media vuelta y mataban a algún zingario. Pero el resultado final era siempre el mismo: un enorme cuerpo negro retorciéndose sobre la hierba, en los parapetos o en un tejado.

Sancha se había refugiado en el patio del estanque, donde se agazapó temblando de horror. En el exterior resonaban alaridos feroces. Entonces oyó unos pasos pesados y vio entrar en el patio, a través de la arcada, a una figura inmensa; se trataba del negro del turbante enjoyado. Un marinero le perseguía de cerca, y el negro se volvió en el mismo borde del estanque. Allí recogió una espada que había perdido algún zingario, y cuando el marinero que lo perseguía se acercó más, lw atacó con ese arma poco familiar para él. El bucanero cayó al suelo con el cráneo aplastado. Pero el golpe había

sido aplicado con tanta fuerza y torpeza que la hoja de la espada se quebró.

El gigante arrojó la empuñadura a los individuos que en ese momento atravesaban la arcada, y luego corrió hacia el estanque con una terrible expresión de odio reflejada en el rostro. Conan se abrió paso entre los hombres y corrió sobre la espesa hierba del patio.

Entonces el gigante extendió los brazos a ambos lados, y de sus labios surgió un grito inhumano..., el único sonido emitido por un negro durante toda la batalla. Parecía gritar al cielo todo su odio. Era como una voz que bramara desde los fosos del infierno. Al oír aquel grito fantástico, los zingarios dudaron y se quedaron inmóviles. Pero Conan no se detuvo. Avanzó silenciosamente, con una expresión siniestra en el rostro, en dirección a la figura de ébano que estaba de pie junto al brocal del pozo.

Pero cuando su espada centelleó en el aire, el negro se dio media vuelta y saltó. Durante una décima de segundo le vieron detenerse en el aire, por encima del estanque. Luego lanzó un bramido que sacudió la tierra. Las aguas verdes se levantaron para recibirlo y le envolvieron como un volcán de color esmeralda.

Conan retrocedió a tiempo para no caer en el estanque, empujando a sus hombres hacia atrás con sus poderosos brazos.

El rugido del agua parecía haber anulado las facultades de los marineros Sancha estaba completamente paralizada, mirando con ojos desorbitados en dirección a la columna de agua. Conan la obligó a retroceder con un grito que a la vez la hizo reaccionar. La muchacha se abalanzó sobre él con los brazos extendidos. El cimmerio la tomó por un brazo y corrió desesperadamente hacia la salida.

En el patio que se abría al mundo exterior, se habían reunido los sobrevivientes, desarrapados, heridos, extenuados y manchados de sangre. Todos miraban hacia la enorme columna de agua verdosa que se elevaba hacia el azul del cielo. El tronco de la columna parecía pintado de blanco, y la espuma de su corona formaba una circunferencia tres veces más grande que la de su base. Daba la impresión de que en cualquier momento la imponente columna de agua iba a estallar en un formidable torrente, y sin embargo continuaba ascendiendo.

La mirada de Conan recorrió el grupo ensangrentado y extenuado, y al ver que sólo uno de los marineros estaba algo menos

herido y magullado que los demás gritó una maldición. Le cogió por el cuello y le sacudió con fuerza.

– Dónde están los demás hombres? – preguntó el cimmerio levantando la voz por encima del ruido del agua.

– ¡No quedamos más aquí que los que estamos! – exclamó el individuo –. Esos malditos negros los han matado a todos...

– ¡Entonces sal de aquí! – bramó Conan, empujándolo con tanta violencia que el marinero salió catapultado por la arcada de salida –. Esa fuente va a reventar de un momento a otro.

– ¡Nos ahogaremos todos! – se lamentó otro marinero que se dirigía cojeando hacia la salida.

– ¡Nos ahogaremos en el infierno! – gritó Conan –. ¡Nos convertiremos en huesos petrificados! ¡Fuera de aquí, imbécil!

Conan corrió hacia la salida del patio, mirando a la vez la enorme columna de agua verdosa y a los hombres. Aturdidos por la reciente pelea y por el ruido ensordecedor del agua, algunos zingarios se movían como si estuvieran en trance. Conan los animó con un método muy simple. Aferraba a los rezagados por el cuello y les empujaba violentamente hacia la salida, aumentando el impulso con puntapiés en las nalgas, al tiempo que maldecía a toda la familia del rezagado. Sancha trató de permanecer a su lado, pero Conan se deshizo de sus brazos blasfemando con furia y luego le dio una palmada en las posaderas con tanta fuerza que la muchacha se encontró en el exterior de la arcada casi sin darse cuenta.

Conan no abandonó el patio hasta que estuvo seguro de que todos los hombres que seguían vivos habían salido del castillo. Se volvió para mirar la enorme columna de agua que empequeñecía las torres del extraño lugar, y huyó de aquel castillo del horror.

Los zingarios ya habían cruzado el borde de la llanura y bajaban por las laderas de la montaña. Sancha esperó a Conan en la cima de la primera colina, que se alzaba un poco más allá. El cimmerio se detuvo junto a ella para mirar por última vez en dirección al castillo. Parecía que una gigantesca flor verde con bordes blancos cubriera las torres, al tiempo que el rugido del agua llenaba el aire. Entonces la columna se rompió, produciendo un ruido semejante al de un poderoso trueno, y las murallas y torres quedaron cubiertas por un torrente atronador.

Conan tomó a la muchacha de la mano y huyó. Delante de ellos se alzaban numerosas colinas y detrás se oían las aguas de un río. Echó una mirada por encima de su hombro y vio una ancha cinta verde que subía y bajaba en su recorrido a través de las colinas. El torrente no se había extendido ni disipado.

Fluía como una gigantesca serpiente por encima de los declives y las redondeadas cimas. Mantenía un curso constante... y les estaba siguiendo.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, Conan se sintió invadido por una fuerza sobrenatural. Sancha tropezó y cayó de rodillas, gritando de desesperación y agotamiento. Conan la cogió en brazos, la cargó sobre uno de sus hombros y echó a correr a toda velocidad. Su pecho parecía a punto de estallar y sus rodillas temblaban. Apretó las mandíbulas y vio que los marineros corrían delante de él, impulsados por el mismo horror.

De repente apareció ante sus ojos el océano. En sus aguas tranquilas flotaba el Holgazán, intacto. Los hombres corrieron atropelladamente hacia los botes. Sancha se cayó al fondo de uno de ellos y permaneció inmóvil allí. Conan, aunque la sangre le zumbaba en los oídos y veía el mundo a través de una nube roja, tomó un remo para ayudar a sus jadeantes marineros.

Remaron todos juntos en dirección al barco, a punto de estallar por el agotamiento. El río verde surgía entre los árboles y éstos caían como si fueran arrancados de cuajo, para desaparecer luego bajo el líquido de color jade. Las aguas verdosas inundaron la playa y tocaron el océano. Las suaves olas de éste adquirieron un matiz más profundo, un color verde más oscuro y siniestro.

Los piratas seguían remando, sin pensar, animados por un miedo instintivo, que impulsaba a sus agotados cuerpos a realizar un esfuerzo supremo. En realidad no sabían qué temían, pero intuían que aquella terrible franja verde encerraba una amenaza para el cuerpo y para el alma. Conan también lo intuyó, y cuando vio que la franja verde surcaba las aguas del océano y se dirigía hacia ellos sin alterar su curso, recurrió a sus últimas fuerzas físicas con tanta fiereza que el remo se rompió en sus manos.

Por fin las proas de los botes tocaron el casco del Holgazán. Los marineros dejaron los botes a la deriva y subieron rápidamente por las cadenas del ancla. Sancha, cargada sobre un hombro de Conan, inerte como un cadáver, fue arrojada sobre la cubierta sin ceremonias,

y el pirata se puso al timón y comenzó a dar órdenes a la diezmada tripulación. Conan se hizo cargo del mando y nadie se lo discutió. Los hombres le seguían instintivamente. Manejaron como borrachos las maromas y las brazas. Se levaron anclas y se hincharon las velas. El Holgazán tembló unos segundos y luego se dirigió majestuosamente hacia el mar abierto. Conan miró en dirección a la playa. La franja verdosa brillaba sobre el agua como una llama de color esmeralda, a un remo de distancia de la quilla del Holgazán. No avanzó más. Desde ese extremo de la franja, los ojos de Conan fueron recorriendo poco a poco toda su extensión hasta que llegó a la playa y luego a las colinas, y finalmente desapareció a lo lejos.

El pirata, recuperando su buen humor, sonrió a la jadeante tripulación. Sancha se encontraba cerca de él. Por sus mejillas se deslizaban unas lágrimas de histeria. Los pantalones de Conan colgaban como harapos sucios manchados de sangre. El cinturón y la vaina de su espada habían desaparecido. El sable, que había arrojado a bordo desde el bote, estaba mellado y cubierto de sangre. Sus brazos, piernas, pecho y hombros parecían haber sufrido las mordeduras de una pantera. Pero el pirata sonrió, al tiempo que separaba sus poderosas piernas y hacía girar la rueda del timón exhibiendo su fantástica musculatura.

– ¿Y ahora qué? – preguntó la muchacha en voz baja.

– ¡El lobo de los mares! – exclamó Conan lanzando una carcajada –. Con una escasa tripulación hecha pedazos. Pero bueno, los hombres aún pueden trabajar a bordo, y siempre se pueden encontrar más marineros. Ven aquí, muchacha, y dame un beso.

– ¿Un beso? – gritó Sancha histéricamente –. ¿Cómo puedes pensar en besos en un momento como éste?

Las carcajadas de Conan ahogaron el ruido de las velas al tomar viento Luego levantó a la joven con un solo brazo y apretó con fiereza sus labios contra los de ella.

– ¡Sólo pienso en la vida! – bramó –. ¡Los muertos, muertos están, y lo que ha pasado, ya no existe! Tengo un barco, hombres que saben pelear y una muchacha cuyos labios son como la miel. Eso es todo lo que deseo ahora. ¡Lamed vuestras heridas, muchachos! ¡Y abrid una barrica de vino! Vais a trabajar en este barco como jamás lo habéis hecho. ¡Malditos, bailad y cantad hasta que no podáis más! ¡Al diablo con los mares desiertos! ¡Navegaremos rumbo a lugares donde haya puertos y barcos mercantes que abordar!

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web